

—Al menos, nadie me sorprenderá por este lado. Ah! Señor de Sainte-Croix, murmuró en voz baja, sois hábil, convengo en ello, pero no os debisteis dirigir á mí. He comprendido bien el sentido de vuestra carta: *vuestro de corazón*, esto me dice bastante.

—Veamos si todas mis disposiciones están bien tomadas, replicó dando aún una vuelta al rededor del aposento: esta puerta está bien cerrada; abajo, en la escalera, he puesto dos lacayos armados que acudirán al primer grito y entrarán por esa ventana: en cuanto á mí, mis pistolas son buenas y no me faltarán. Vamos! es preciso que hoy, sea poseedor del secreto de la trasmutacion de los metales y de los admirables venenos de M. de Sainte-Croix!

Levantó la tapicería y dió tres golpes á la puerta del laboratorio: al mismo tiempo se dejó oír en la escalera un ruido y una voz que gritaba.

—Abrid, en nombre del rey!

—En nombre del rey! repitió Belleguise asustado: estoy perdido! á dónde huiré, á dónde me ocultaré?

Los cerrojos de la puerta de entrada cedieron á los reiterados sacudimientos de los arqueros del prevostazgo, y un comisario seguido de su escribano entró.

—Apoderaos de ese hombre, dijo el magistrado á los arqueros señalando á Belleguise.

—Pero señores, os engañais; no soy el que buscais; habia venido solo.... Esuchadme, señor Picard.....

—Callaos! dijo secamente el comisario.

Y ordenó á dos arqueros que lo amarrasen, y á otros dos de descerrajar la puerta del laboratorio.

—No sufriré semejante insulto, decia Belleguise tratando de desasirse. Ah! señor Picard, os lo suplico, haced que se me ponga en libertad: os juro que solo la casualidad.....

Y al hacer un movimiento, se le cayó una de las pistolas.

—Traeis una pistola, y en esta casa..... Oh! lo veo, la casualidad os ha inspirado muy mal, replicó M. Picard con ironía.

—Vos sabéis que soy mayordomo de mi parroquia, y ademas hombre honrado.....

—Los jueces decidirán; en cuanto á mí, lleno mi deber arrestandoos.

La puerta del laboratorio cedió al fin.

Entraron, y se encontraron tirado en el suelo el cuerpo inanimado de Sainte-Croix. Habiéndosele roto la máscara de cristal, el olor de los venenos habia asfesiado á nuestro alquimista.

Los arqueros y escribano, se apoderaron de los papeles que estaban en el escritorio y los entregaron al comisario.

—La suerte os es en contra, dijo éste á Belleguise, mostrándole un paquete de cartas: negaréis vuestra firma?

Belleguise se estremeció.

—Imprudente! dijo en voz baja el propietario honrado y modesto: qué es lo que he hecho..... estoy perdido!

—Tengo miedo, dijo uno de los arqueros con tono burlesco.

El comisario releyó atentamente muchos papeles. Llamó á su escribano, le habló al oído, y despues en voz alta dijo á los soldados:

—Al hotel de madame de Brinvilliers!.....

IV.

EL CONVENTO.

En una gran sala, cuyas bóvedas estaban sostenidas por varios arcos, adornada con cuadros de santos y que recibia la claridad por unas ventanas con vidrieras de colores, estaban sentadas sobre un banco de fresno esculpido, tres jovencitas vestidas con el traje blanco de las hermanas de la Visitacion.

—Paso en silencio algunas cosas que me conciernen y que os interesan poco, —decia la mas jóven de las tres religiosas ocupada en leer una carta,—y luego al mayor suceso que en este momento agita á todo Paris. Escuchad, hermanas mias, lo que sobre ese particular me escribe mi hermano, uno de los mas bellos y amables capitanes del regimiento de Tracy:

“Te prometí en mi última carta, mi buena Amelia, contarte en mi próxima una historia sorprendente, que tiene relacion á la de los famosos envenenadores de Paris. Tal vez esta carta será larga; pero cumpliré mi promesa.

“Para que puedas comprender bien lo que va á seguir, me veo precisado á comenzar mi narracion desde los sucesos acaecidos el año 1668. En dicha época mi regimiento tenia un valiente capitan sin nombre ni fortuna. Sainte-Croix (así se llamaba), no se sabe como se hizo amigo del marques de Brinvilliers, maestre de campo del regimiento de Normandía, quien le presentó á su esposa, y como dice La Fontaine, nuestro amable compositor de cuentos, “los dos amantes se amaron.” Duran te algun tiempo todo fué bien: la nobleza cerró los ojos á las

intrigas de la marquesa y á los locos amores de su marido: pero M. Dreux d'Aubray, padre de madame de Brinvilliers, obtuvo del rey una orden de prision, é hizo encerrar á Sainte-Croix en la Bastilla.

“Las prisiones están tan mal organizadas en el dia, mi querida hermana, que los desgraciados que entran con un corazon sencillo é incoente, se pervierten y salen siempre de ellas con intenciones culpables. Allí aprenden unos á robar con habilidad; otros la astrología, la alquimia, la nigromancia, y todas las ciencias diabólicas de nuestro dichoso siglo, así como tambien adquieren las ideas *de vivir en el adulterio*. (Remarca bien, querida hermana, esta frase significativa.)

“Sainte-Croix se encontró en la Bastilla un llamado Exili, envenador italiano, que le dió el medio de vengarse del teniente civil. Conseguida su libertad en 1661, contuvo la persecucion de M. d'Aubray contra él, envenenándolo. Habiéndose concebido sospechas por la muerte repentina del magistrado, sus dos hijos hicieron llamar á los médicos para que practicasen la autopsia del cadáver; pero ningun indicio se descubrió del veneno. Un año despues, no quedaba de la familia de Aubray mas que la marquesa de Brinvilliers.....

“Estas tres muertes, despertaron las sospechas de la justicia: se hicieron mil pesquisas; á varios inocentes se les dió tortura, y como siempre sucede, los criminales verdaderos quedaron desconocidos, y lo serian hoy aún, si no fuera por la circunstancia extraordinaria siguiente:

“Habiendo recibido avisos secretos un comisario de policía, se presentó un dia en la casa de un llamado de Breuille, que vivia cerca de la plaza Mauhart, y puedes figurarte cuál seria su sorpresa al encontrar en dicha casa á un honrado y rico propietario del barrio de San Marcelo, y á M. de Breuille (que no era otro que Sainte-Croix) envenenado por sus propios venenos. Hé aquí las historias que sobre tal suceso circularon. Unos decian que Sainte-Croix era inocente y que se habia aficionado buscando la piedra filosofal; otros, piensan que es culpable por haber compuesto venenos; pero se afirma que habiéndole prodigado prontos socorros, le volvieron á la vida. Varias veces me he preguntado, por qué no lo juzgan? Se espera tal vez que sus cómplices sean arrestados? Lo ignoro.

“Una cajita hallada en su aposento y que fué abierta, dió la prueba de su culpabilidad. Ella contenia la correspondencia que tenia con Madame de Brinvilliers, con los Sres. Peunautier, Belleguise, de Caumont y otros personajes de un rango muy elevado. Dicha correspondencia acusa á la marquesa del envenamiento de su padre, y á Belleguise y Peunautier de muchos otros crímenes cometidos con los venenos dados por Sainte-Croix; ademas, se hablaba allí de un tal Lachausée, que habia estado al servicio de M. Dreux de Aubray, como el principal instrumento de que se servian la infame marquesa y su amante.

“El comisionado, sorprendido de un descubrimiento que en verdad no esperaba, se trasportó al momento al hotel de Madame de Brinvilliers, pero no habia ya nadie en él. La rica y culpable heredera de Aubray habia partido aquel mismo dia para ir á un convento.....

—A un convento? repitieron las dos religiosas interrumpiendo á la jóven lectora: ¿y en cuál? preguntaron con interes.

—Si me hubieseis dejado concluir, os habria dispensado el que me interrumpiéseis, replicó Sor Amelia con un aire picado.

“....Para ir á un convento de España ó de Italia. Esto es todo lo que se pudo saber por su viejo intendente que es sordo, obstinado, casi ciego y enteramente adicto á su ama.

“El comisario, despues de haber registrado todos los papeles se retiraba, cuando al pasar delante de la casa de M. de Caumont, apercibió un gran número de personas reunidas: se acerca, y sabe que un criado de M. de Breuille (Sainte-Croix) habia querido corromper á otro de los de M. de Caumont, para que echase un cierto licor en el vino de su amo. El comisario arrestó entónces á Lachausée (era él) y le condujo al *Châtelet* (1).

Este miserable, con la mira sin duda de salvarse, culpó de todo á la marquesa y á Sainte-Croix, pero no le valieron sus delaciones y el 4 de Marzo de 1673 fué descuartizado vivo en la plaza de Grève, enmedio de los gritos de alegría del populacho.

En los momentos en que te escribo, el señor marqués de Brinvilliers acaba de ser matado en un desafio, por haber querido vengar el honor de una actriz del teatro de Petit-Bourbon, llamada Eulalia.

—Cambiamos y vamos á otra cosa, hermana mia, hablemos de tu Alfredo.”

Amelia se contuvo al momento y se sonrojó.

—Hola, veis á la disimulada, dijo la jóven religiosa, que habia interrumpido la primera lectura; nada nos habia dicho de su Alfredo.

Y apoyó la acentuacion sobre el adjetivo posesivo.

Amelia dobló su carta sin hacer caso á los reproches que le dirijian, y la guardó en el seno. Se disponia á dejar á sus compañeras, cuando una religiosa la tomó por el brazo y le dijo en voz baja:

—He juntado casi todos los pedazos de la carta de Sor Margarita, *la santa*, como la llamamos, y espero saber bien pronto lo que encierran.

—Es preciso confesar, hermanas mias, replicó Amelia, esforzándose en tomar un aire severo, que es muy mal hecho el leer una carta que no nos está dirigida.

—Pero es que cuando alzamos del suelo ese papel roto en muchos pedazos y caido de la bolsa de Sor Margarita, no creimos que fuese una carta. Ahora, ¿ñadió, creo que he descubierto un gran secreto.

—¡Un gran secreto!

—Sí, hermanas mias: esa estrangera que parece tan triste, tan resignada, no es otra.....

—¿Y bien?

—Vámonos de aquí, miradla, ahí viene por ese lado!

(1) Castillejo. Llamábase tambien así un tribunal de Paris.

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Sor Margarita entró seguida de un individuo de 35 á 40 años, de una talla ordinaria, de facciones finas y delicadas, ojos perspicaces y vestido elegantemente con el traje de abad de la corte.

—¿Necesitais, decís, de estar solo conmigo?—dijo Sor Margarita sentándose en un banco.

—Sí, hermana mia.

—Hablad, padre, ya os escucho.

—Estais bien segura de que nadie nos sorprenderá?... Cerrad, os lo suplico, esas puertas y esas vidrieras, porque si nos escuchase alguno, dijo en voz muy baja, todo se perdería.....

Sor Margarita se levantó, cerró las dos puertas y la ventana y volvió á sentarse al lado del abad, que veía por todas partes si habia algun lugar por donde lo espiasen.

—Ahora podeis hablar, padre.

—No hay peligro ninguno?.....

—Ninguno.

—Pues bien, prestad vuestra atencion, dijo, despues de haber paseado sus miradas por la vigésima vez á su reedor. He llegado de Paris, y solo desde ayer estoy en Sièges.

Margarita no pudo comprimir un movimiento.

El abad replicó:

—Vengo de recorrer el reino de Francia, pero ¿en qué estado le he hallado, Gran Dios! He visto el vicio ocultarse bajo la máscara de la virtud: he visto con dolor el ateísmo germinar en todas las clases y esparcirse la corrupcion entre los grandes. Oh! hermana mia, ¿lo creereis? Los nobles y los poderosos se hacen en secreto una guerra de esterminio: el hijo mata al padre por satisfacer su ambicion: la hija envenena á la madre, al hermano, á su familia toda, por favorecer sus ilegítimos amores, por poner en su frente la vergonzosa señal de la disipación, por.....

—No acabeis, padre!—esclama Sor Margarita levantándose con precipitacion y asiendo por el brazo al abad:—no acabeis, os lo suplico.

—Ella es,—dijo aparte el abad: despues, con voz dulce continuó:

—Cómo no ha de suceder eso en una sociedad cual la nuestra, en la que el honor, la probidad, la virtud, aun el talento, no se tienen en nada y en que solo el oro se sobrepone á todo? Se entrega á una jóven á los brazos de un hombre á quien jamas se ha visto, y se le dice: Sé la esposa de ese hombre! Y esa muger, para deshacerse de la tutela de un padre y de un esposo, arma su brazo, comete un crimen.....

Sor Margarita se estremece.

El abad, atento á sus menores movimientos, le dice con una voz aun mas dulce:

Sor Margarita entró seguida de un individuo de 35 á 40 años, de una talla ordinaria, de facciones finas y delicadas, ojos perspicaces y vestido elegantemente con el traje de abad de la corte.

—¿Necesitais, decís, de estar solo conmigo?—dijo Sor Margarita sentándose en un banco.

—Sí, hermana mia.

—Hablad, padre, ya os escucho.

—Estais bien segura de que nadie nos sorprenderá?... Cerrad, os lo suplico, esas puertas y esas vidrieras, porque si nos escuchase alguno, dijo en voz muy baja, todo se perdería.....

Sor Margarita se levantó, cerró las dos puertas y la ventana y volvió á sentarse al lado del abad, que veía por todas partes si habia algun lugar por donde lo espiasen.

—Ahora podeis hablar, padre.

—No hay peligro ninguno?.....

—Ninguno.

—Pues bien, prestad vuestra atencion, dijo, despues de haber paseado sus miradas por la vigésima vez á su reedor. He llegado de Paris, y solo desde ayer estoy en Sièges.

Margarita no pudo comprimir un movimiento.

El abad replicó:

—Vengo de recorrer el reino de Francia, pero ¿en qué estado le he hallado, Gran Dios! He visto el vicio ocultarse bajo la máscara de la virtud: he visto con dolor el ateísmo germinar en todas las clases y esparcirse la corrupcion entre los grandes. Oh! hermana mia, ¿lo creereis? Los nobles y los poderosos se hacen en secreto una guerra de esterminio: el hijo mata al padre por satisfacer su ambicion: la hija envenena á la madre, al hermano, á su familia toda, por favorecer sus ilegítimos amores, por poner en su frente la vergonzosa señal de la disipación, por.....

—No acabeis, padre!—esclama Sor Margarita levantándose con precipitacion y asiendo por el brazo al abad:—no acabeis, os lo suplico.

—Ella es,—dijo aparte el abad: despues, con voz dulce continuó:

—Cómo no ha de suceder eso en una sociedad cual la nuestra, en la que el honor, la probidad, la virtud, aun el talento, no se tienen en nada y en que solo el oro se sobrepone á todo? Se entrega á una jóven á los brazos de un hombre á quien jamas se ha visto, y se le dice: Sé la esposa de ese hombre! Y esa muger, para deshacerse de la tutela de un padre y de un esposo, arma su brazo, comete un crimen.....

Sor Margarita se estremece.

El abad, atento á sus menores movimientos, le dice con una voz aun mas dulce:



CAPILLA ALFONSINA
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 U. A. N. L.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

—Vamos, valor, hermana Margarita, valor: sois bien desgraciada, habeis sufrido mucho y Dios.....

—¿Qué quereis decir? pregunta ella asustada: quién os ha dicho?

—Un pobre pecador que no ha podido expiar sus crí.... sus faltas en un claustro.

—No os comprendo.

—O mas bien dicho, finge no comprender,—se dijo para sí el abad: pongámosla en el camino.

—Hermana mia, mi querida hermana, dijo lo mas religiosamente que le fué posible; no he venido á este convento mas que por veros.

—A mí!

—Y daros un mensaje que á nadie sino á vos debo confiar.

—Un mensaje.... á mí.... os engañais, sin duda, padre mio.

—No, MADAME DE BRINVILLIERS, respondió el abad con voz grave y firme.

—Silencio! silencio! dijo ella temblando: hablad mas bajo, señor, ó me perdeis!

—Hé aquí, señora, continuó el abad, por qué he querido que estemos sin testigos.

—Pero ese mensaje, ¿de quién puede ser? En Paris todos ignoran el lugar de mi retiro.... no estoy en correspondencia con nadie, así es....

—Leed, señora....

Y le dió una carta que llevaba entre las hojas de un libro de horas.

—De Sainte-Croix! dijo ella con alegría, despues de haberla recorrido con la vista: de Sainte-Croix á quien creía muerto, y de quien todas las gacetas anunciaron el fin trágico.... ¿Pero ecsiste, pues, aún?

—Sí, hermana, gracias al cielo y á mí.

—¿Como, padre, á vos es á quien debe la vida y la libertad?.....

El abad le esplicó que habia hecho trasportar á M. de Sainte-Croix á su casa, despues de la visita del comisario, y que allí, remedios de los cuales él era el único que conocia los efectos, habian bastado para volver á la salud á su infortunado amante.

—Ademas, señora, esa carta os dirá cuanto deseis saber.

La marquesa leyó la primera página del escrito; despues, dirijiéndose repentinamente al abad:

—Está él aquí, le dice con viveza, quiere verme.... me espera.... desea llevarme con él á Italia: pero, padre mio, no puedo dejar este convento. ¡Qué dirá mi hermana!

—Continuad, replicó el enviado con la mayor sangre fria.

—Cielos! estoy perseguida! el teniente de lo criminal ha descubierto mi retiro.... El consejo de los sesenta de Liége ha dado la orden "de arrestar adonde "quiera que se encuentre, á la marquesa de Brinvilliers, condenada por contumacia á...."

Ella se contuvo.... dejó caer la carta de Sainte-Croix, y poco faltó para que perdiese el sentido.

—Lo veis, señora, replicó el abad, es preciso partir porque ántes de que llegue la tarde, qué digo! ántes de una hora, en un instante tal vez, sereis arrestada y conducida á la conserjería de palacio. Dejad, hermana, esta ciudad y este convento. M. de Sainte-Croix os espera en un coche.....

Y al decir estas palabras, abrió una ventana y enseñó á algunos pasos del convento una carroza de viage.

—Huid, Señora, huid, apreciada hermana, y salvad dos víctimas de la intolerante justicia de los hombres!

Puso en las espaldas de la marquesa una gran capa y la llevó casi á pesar de ella hácia la escalera.

Las tres religiosas que hemos visto al principio de este capítulo entraron por la otra puerta. Parecía como que concertaban alguna cosa entre sí y hablaban en voz baja.

—Os digo que es ella la que acaba de salir con el señor abad.

—Y yo os digo, replicó Amelia, que os angañáis: Sor Margarita es mucho mas pequeña.

—Mirad, y creeréis á vuestros ojos, dijo otra religiosa abriendo la ventana: es ella la que sube al carruaje, voltea hácia este lado, nos hace señales.... Mirad, hermanas mías, nos llama, ois sus gritos?....

—Qué sucede aquí? dijo, entrando á aquel lugar la superiora Sor Maria; por qué no estáis en la sala de estudios, hijas mías?

En este momento se oyó un grito lastimero y el ruido de un coche que partía. La superiora quiso ir á la ventana, pero sus piés pisaron una carta abierta que llamó su atención.

—Qué papel es este, pregunta ella?

Sor Amelia lo levanta y se lo dá sin responder.

El rostro de la superiora se puso encarnado.

—Que traigan al instante á Sor Margarita! dice, con un acento lleno de la mas violenta desesperacion.

—Imposible, señora,—dice,—entrando el abad que acabamos de ver.

—El Señor abad! dijeron las monjas admiradas.

—Sí, hermanas mías.

Se aprocsimó á la superiora y en voz baja, le dijo:

—Madame de Brinvilliers acaba de salir en este instante de Liége y vá á Paris.

—A Paris?

—Para ser juzgada por el Parlamento.

—Pero quién sois vos entónces, vos que la habeis entregado?

—Desgrais, escento del prevostazgo!

Ella se contuvo.... dejó caer la carta de Sainte-Croix, y poco faltó para que perdiese el sentido.

—Lo veis, señora, replicó el abad, es preciso partir porque ántes de que llegue la tarde, qué digo! ántes de una hora, en un instante tal vez, sereis arrestada y conducida á la conserjería de palacio. Dejad, hermana, esta ciudad y este convento. M. de Sainte-Croix os espera en un coche.....

Y al decir estas palabras, abrió una ventana y enseñó á algunos pasos del convento una carroza de viage.

—Huid, Señora, huid, apreciada hermana, y salvad dos víctimas de la intolerante justicia de los hombres!

Puso en las espaldas de la marquesa una gran capa y la llevó casi á pesar de ella hácia la escalera.

Las tres religiosas que hemos visto al principio de este capítulo entraron por la otra puerta. Parecía como que concertaban alguna cosa entre sí y hablaban en voz baja.

—Os digo que es ella la que acaba de salir con el señor abad.

—Y yo os digo, replicó Amelia, que os angañáis: Sor Margarita es mucho mas pequeña.

—Mirad, y creeréis á vuestros ojos, dijo otra religiosa abriendo la ventana: es ella la que sube al carruaje, voltea hácia este lado, nos hace señales.... Mirad, hermanas mías, nos llama, ois sus gritos?....

—Qué sucede aquí? dijo, entrando á aquel lugar la superiora Sor Maria; por qué no estáis en la sala de estudios, hijas mías?

En este momento se oyó un grito lastimero y el ruido de un coche que partía. La superiora quiso ir á la ventana, pero sus piés pisaron una carta abierta que llamó su atención.

—Qué papel es este, pregunta ella?

Sor Amelia lo levanta y se lo dá sin responder.

El rostro de la superiora se puso encarnado.

—Que traigan al instante á Sor Margarita! dice, con un acento lleno de la mas violenta desesperacion.

—Imposible, señora,—dice,—entrando el abad que acabamos de ver.

—El Señor abad! dijeron las monjas admiradas.

—Sí, hermanas mías.

Se aprocsimó á la superiora y en voz baja, le dijo:

—Madame de Brinvilliers acaba de salir en este instante de Liége y vá á Paris.

—A Paris?

—Para ser juzgada por el Parlamento.

—Pero quién sois vos entónces, vos que la habeis entregado?

—Desgrais, escento del prevostazgo!

